



NUESTRO CARISMA

Misioneros Siervos de Los Pobres

Queridos amigos: *Laudetur Iesus Christus.*

En el anterior número de la "Ut Unum Sint", anunciábamos la presentación de los puntos básicos de nuestro carisma que deben ayudar a todas aquellas personas que se van acercando a nuestra realidad y quieren comprender cada vez más claramente los fundamentos de nuestro caminar en el seguimiento del Maestro, en el corazón de la Iglesia, al servicio de los más pobres.

Fieles a tal propósito, ofrecemos de forma esquemática tales puntos básicos:

a) La *Eucaristía*, fuente y culmen de la vida sacramental de todo cristiano, representa también para cada Misionero Siervo de los Pobres el alimento necesario para poder después ponerse al servicio de los pobres, llevando a Cristo y viendo en los pobres al mismo Cristo que sufre. La recepción diaria de tal manjar espiritual, realizada con las debidas disposiciones, nos permite dejarnos conformar cada vez más a Su imagen. En nuestras comunidades, en el momento de comulgar, hemos decidido expresar nuestro sumo respeto al Santísimo Sacramento recibiendo la sagrada hostia en la boca y de rodillas.

b) El encuentro personal con Cristo en la Santa Misa encuentra su natural continuación en la *Adoración Eucarística* solemne, celebrada comunitariamente cada día. Por medio del rezo en común frente al Señor expuesto y gracias al espacio dejado al silencio, Jesús Eucaristía se vuelve de verdad, para todos, la fuente de la vida, también de la vida de nuestras vocaciones, que en Él, el Buen Pastor, se renuevan y rejuvenecen constantemente. Muchos santos nos han dejado como testamento la certeza de que "solo si sabemos ponernos de rodillas delante del Señor escondido en la Eucaristía, sabremos ponernos de rodillas frente al sufrimiento de los pobres que Él ha asumido y hecho suyo".

c) La *Confesión*. Éste es el sacramento de la Reconciliación en Cristo con el Padre, con su Iglesia y por ende con los hermanos. Por eso, el alejamiento de la Confesión es alejamiento de Dios, de su Iglesia, de los demás. La Confesión posibilita el mejoramiento de nuestra vida y consecuentemente también la de los pobres, que solo así pueden ver en nosotros el rostro de Cristo y de su Esposa, la santa Iglesia. Buscamos por lo tanto confesarnos con frecuencia y deseamos que esta práctica anime a los niños y pobres que servimos a que hagan lo mismo. Hacemos la experiencia de que este Sacramento es no solo un momento de purificación, sino también de renacimiento, gracias a los abundantes

dones que el Señor depone en el corazón y que permiten vivir con mayor gozo, facilidad y naturalidad el camino de perfección cristiana.

d) La *Liturgia de las Horas* (sobre todo Laudes, Vísperas y Completas) vivida comunitariamente. La oración en común lleva a una experiencia cada vez más profunda de la caridad fraterna y transforma al misionero en verdadero faro de luz para todos, porque tiene una fuerza invencible. Como nos recuerda San Juan Crisóstomo: "No es tanto el número de personas lo que hace eficaz la oración comunitaria, sino más bien el vínculo de amor fraterno que une el pueblo orante" (San Juan Crisóstomo, *De proph. Obs.* 2, 4).

e) El rezo diario del *Santo Rosario* junto con la comunidad. La devoción a la Santísima Virgen María es otra de las "joyas" de los MSP y desde siempre es una poderosa ayuda para la santificación de las almas. Hemos nacido para llevar a los más pobres las riquezas de la Iglesia y, sin duda alguna, la Virgen María es una joya preciosísima que destaca en el tesoro eclesial.

f) La *Oración personal*, considerada como sumamente importante. Para imitar realmente a Cristo y servir, por amor, a sus hermanos, el Misionero Siervo de los Pobres debe ser un verdadero contemplativo en la acción, porque su acción sólo puede tener origen en la sobreabundancia de las gracias que deriva de una íntima unión con Dios. Como solía repetir el gran obispo estadounidense Fulton Sheen: "Para poder hablar de Dios a los hombres, primero es necesario hablar de los hombres a Dios".

g) La *Lectura espiritual*, preferentemente de la Sagrada Escritura y del libro de la "Imitación de Cristo", recomendándose también la lectura de la vida de los Santos, para que con su ejemplo e intercesión nos ayuden a moldear nuestra santidad personal.

Todos estos instrumentos deben servir para ir cultivando un generoso y humilde **espíritu de servicio**, aceptando cumplir fielmente los deberes encomendados, a la manera de Jesús quien, siendo Dios, estuvo en medio de nosotros "como el que sirve" (Lc 22, 27).

Esta actitud y la de tomar siempre la iniciativa de escoger los trabajos más humildes en el servicio a los demás, especialmente a los más necesitados, deben volverse ordinarias en nuestra vida.

Esperemos de corazón que también todos vosotros, queridos amigos, que nos seguís con tanto entusiasmo misionero, podáis encontrar, en estos puntos básicos del carisma de los Misioneros Siervos de los Pobres, una fuente de inspiración para ir transformando cada vez más vuestra diaria vida a imagen del Siervo de Yahveh.



Reflexión Bíblica

“Auméntanos la fe”

P. Sebastián Dumont, msp (belga)

Queridos amigos:

A los misioneros, lo primero que el Señor nos pide es que tengamos fe. Con esta actitud fundamental, la potencia divina de Jesús, el Señor, puede manifestarse y hacer muy fecundos todos nuestros esfuerzos. Siguiendo nuestro estudio de la “misión” en el Evangelio según San Lucas, vamos a meditar hoy sobre dos textos edificantes al respecto.

Escucha: “Los apóstoles le dijeron al Señor: «Auméntanos la fe». El Señor dijo: «Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: -Arráncate de raíz y plántate en el mar-, y os obedecería»” (Lc 17, 5-6).

“«Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido (cuando hayas vuelto a mí), confirma a tus hermanos». Él le dijo: «Señor, contigo estoy dispuesto a ir incluso a la cárcel y a la muerte». Pero él le dijo: «Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes de que tres veces hayas negado conocerme»” (Lc 22,31-34).

Medita: Cuando Jesús dice: “Si tuvierais fe..., diríais a esa morera: -Arráncate de raíz y plántate en el mar-, y os obedecería”, afirma que nuestra fe es capaz de hacer cosas humanamente inesperadas, que superan las capacidades humanas, como dice el texto paralelo en San Mateo: “Nada os sería imposible” (Mt 17, 20). El motivo es que la fe nos hace participar del poder de Dios.

Así lo comenta San Agustín: “Poca cosa parece el grano de mostaza; nada es más despreciable a la vista y, sin embargo, nada tiene más vigor. Todo esto, ¿no significa el entusiasmo extraordinario y la fuerza íntima de la fe en la Iglesia?” (Sermón 246, 3). Y San Cirilo de Alejandría dice: “Como nada es imposible para Dios, todo lo puede quien tiene fe. De Dios es, pues, el poder que nos asiste por medio de la fe” (Comentario al Evangelio de Lucas, 17,5). En la Biblia y en la historia sobran los ejemplos de milagros para demostrar el inmenso poder de la fe.

Ahora bien, al decir Jesús que hemos de tener fe “como un granito de mostaza”, el cual pasa de ser una pequeña semilla a ser un árbol grande, ¿no querrá indicarnos que también nuestra fe ha de crecer? Nosotros, que nos llamamos “creyentes”, nos preguntamos: ¿dónde está nuestra fe?; ¿vamos creciendo en la fe o en el fondo nos apoyamos solo en nosotros mismos?

Tener fe significa, por un lado, ser muy atrevidos en nuestras peticiones a Dios: ¡Él es Amor y es todopoderoso! ¿Creo de verdad en las palabras de Jesús cuando dice:

“Vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le piden” (Mt 7,11)? ¿O tal vez seré yo de los que “no reciben porque no piden” (Stg 4,2)? Por el otro lado, tener fe significa estar totalmente abandonados en Dios en cuanto al “éxito” de mis oraciones: Dios es sabio y sabe lo que mejor nos conviene. Repetimos muchas veces “hágase tu voluntad”, pero en el fondo pensamos “hágase mi voluntad”..., porque no nos fiamos... Tener fe es apoyarnos cada vez más en Dios, hasta poder decir con Santa Teresa de Ávila: “Solo Dios basta”...

Nos puede causar algo de vértigo; y nos echamos para atrás... Por esto no vemos las maravillas de Dios porque no dejamos que Él las realice. El contexto inmediato de nuestro primer texto nos hace descubrir otra enseñanza de Jesús: la relación entre la fe y el amor. Jesús acaba de decir: “Si tu hermano te ofende siete veces en un día, y siete veces vuelve a decirte: “Me arrepiento”, lo perdonarás” (Lc 17, 4). Y es entonces cuando los apóstoles le piden: “Auméntanos la fe”. Y justo después Jesús les dirá que deben servir siempre, con humildad, sin esperar nada a cambio (Lc 17, 7-10).

Realmente hace falta mucha fe para perdonar siempre y para servir siempre... Fe en que “la misericordia se muestra como la fuerza que todo vence...” (Papa Francisco. Bula *Misericordiae Vultus*, 2015).

El Catecismo nos enseña que “nuestro deber para con Dios es creer en Él y dar testimonio de Él” (nº 2087). Daremos testimonio de la fe viviendo la caridad, pues “la fe actúa por el amor” (Gal 5, 6).

Finalmente, escuchemos estas palabras muy consoladoras del Señor: “Yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague” (Lc 22, 32). Jesús reza por ti y por mí, para que seamos firmes y fuertes en la fe. Es lo más valioso que tenemos y que Satanás quiere quitarnos. Como San Pedro, podemos caer, podemos traicionar al Señor, pero la oración de Jesús nos ayuda a levantarnos: su amor por nosotros es más fuerte.

Ora: “Señor, aumentanos la fe... para poder vivir el mandamiento de la caridad...”.

Vive: Probablemente no vamos a trasladar árboles, pero vamos a hacer algo más grande y más útil: convertir el corazón, volver a Él con toda el alma y luego confirmar a nuestros hermanos en la fe. Esa es la misión que transforma el mundo.

Reflexión Patrística

Orígenes (I)



P. Walter Corsini, msp (italiano)

Queridos amigos:

Laudetur Iesus Christus.

En nuestro recorrido patrístico nos encontramos ahora con una figura de veras especial: Orígenes. Por diferentes motivos no ha sido incluido entre los Padres de la Iglesia, pero, sin duda alguna, es una personalidad que ha influido en todos los sucesivos Padres de la Iglesia, especialmente en el campo de la exégesis bíblica.

Confieso tener una especial predilección por él. No pudiendo -evidentemente- considerarlo como un “Padre de la Iglesia” en el sentido auténtico, me gusta definirlo como “un escritor cristiano fuera de serie”.

Orígenes nació en Alejandría de Egipto en el año 185. Recordemos que esta ciudad ya era un importante centro cultural, con destacadas escuelas filosóficas. Tal entorno, combinado con los talentos personales de Orígenes, explica en parte sus peculiaridades intelectuales poco comunes.

En el año 202 fue testigo del cruento martirio de su padre Leónidas, culminación de un testimonio cristiano que marcó de manera indeleble su ya vehemente corazón. Entonces comenzó a dedicarse a la enseñanza filosófica, para apoyar a la familia y, junto con tal compromiso docente, emprendió aquella intensa actividad catequética tan reconocida y apreciada por el obispo de Alejandría



Hnas. Misioneras Siervas de los Pobres, en misión, en pueblos de las Altas cordilleras de Cuzco-Perú

Demetrio, quien en el 210 le encargó dirigir la escuela de catequesis cristiana que había quedado huérfana por la huida de Clemente, anterior director.

Orígenes, un hombre indudablemente carismático, atrajo a muchos discípulos por su erudición y ejemplo. Diseñó e implementó la división de la escuela en dos secciones: una, para aquellos que querían hacer un auténtico camino neocatecumenal; otra, una especie de pionero “patio de los gentiles”, abierta a todos -incluso a los no creyentes- con el objetivo de acercar el mundo intelectual pagano a la religión católica y contrarrestar las frecuentes pero infundadas acusaciones que calificaban de “mediocre” la filosofía cristiana. Su fama se fue acrecentando.

Después de un período de adicional formación en Roma, se vio obligado a trasladarse a Cesarea, debido a la devastación a la que Alejandría fue sometida en el 215 por orden del emperador romano Caracalla (Marco Aurelio Severo Antonino, 211-217). También en Cesarea destacó por su enseñanza y por la apertura de una escuela. Sus excelentes talentos movieron a muchos obispos a apreciar sus cualidades y a solicitar sus servicios, hasta el punto de ordenarlo sacerdote.

Pero esta ordenación se celebró sin la presencia y sin el consentimiento, y ni siquiera el conocimiento, de su obispo de origen, Demetrio, teniendo consecuencias muy graves para Orígenes, cuya ordenación no fue reconocida por Demetrio, quien, ya envidioso de la gran fama de la que gozaba Orígenes, alimentó (y tal vez fue él mismo en iniciarla) la noticia difamatoria sobre la castración a la que habría sido sometido el alejandrino por haber interpretado literalmente la frase de Jesús: *“No todos entienden este lenguaje, sino sólo aquellos a quienes se les ha concedido. En efecto, algunos no se casan, porque nacieron impotentes del seno de su madre; otros, porque fueron castrados por los hombres; y hay otros que decidieron no casarse a causa del Reino de los Cielos. ¡El que pueda entender, que entienda!”* (Mt 19, 11-12). Volveremos a hablar de este aspecto.

En el 251, durante la persecución de Decio, fue arrestado y torturado. Liberado en ese mismo año, murió un par de años después por las consecuencias de las

torturas. Se trata, por tanto, de una figura contradictoria, tanto en vida como después: ciertamente cometió errores, defendiendo algunas tesis teológicas insostenibles incluso para su tiempo, pero da la impresión de que siempre quiso ser un cristiano fiel a la recta doctrina, deseoso de amar a la Iglesia de una manera cristalina.

En una de sus principales obras afirma: “Debe considerarse verdadero únicamente lo que no se aparta de ninguna manera de la tradición eclesial y apostólica” (*De princ., praef. 2*).

La filosofía platónica tenía uno de los centros más sólidos precisamente en la ciudad de Alejandría: sin duda la formación de Orígenes se vio fuertemente influida, de tal modo que él, aunque fundamentó su reflexión y su investigación teológica en la Sagrada Escritura (tanto que podría considerarse uno de los mayores exégetas del período patrístico), también dejó que el platonismo ejerciera una influencia, quizás demasiado fuerte, en su teología y su exégesis, haciéndole cometer errores dogmáticos.

El punto de partida de su reflexión exegética es el principio de que la Sagrada Escritura es, de hecho, el Verbo oculto bajo el velo o disfraz de palabras, así como de otra manera está oculto bajo el velo o disfraz de la carne. Tratándose, por lo tanto, de la segunda Persona divina, de significado infinito, la palabra humana limitada del texto bíblico no puede abrazarla completamente, sino que solo ilumina ciertos aspectos de ella, poco a poco. Por esta razón, los significados del texto bíblico son muchos, sin que nunca puedan ser completamente definidos.

De este principio básico fluye el método que adoptó para leer e interpretar la Palabra de Dios: el método alegórico. La alegoría es esa estructura lingüística especial que utiliza una historia llena de elementos bastante simples y fáciles de entender por todos, para referirse a realidades de otra categoría, difíciles de describir.

Aquella estructura lingüística en la Biblia sería el significado inmediato (literal); lo alegórico sería el espiritual. No hace falta decir que esta solución introduce un peligroso subjetivismo, como trataremos de analizar en el próximo número.

Reflexión Moral

“La esperanza del cristiano y los anhelos del hombre”



P. Agustín Delouvroy, msp (belga)

Con el presente artículo quiero seguir adentrándome en el alma del cristiano por medio de la segunda virtud teologal: la esperanza.

Todos aspiramos a alcanzar muchas cosas: aspiramos a tener un trabajo que nos guste, unas vacaciones agradables, instrumentos tecnológicos que nos permitan desarrollar muchas cosas valiosas con facilidad, amistades verdaderas, alegría.... También tenemos conciencia de que no cualquier aspiración es sana o valiosa ni constituye un vector de felicidad. Así nos damos cuenta de que, por ejemplo, esperar conseguir un celular mejor, cuando ya tenemos uno bastante bueno, es probablemente el fruto de un apego desordenado que nos esclaviza. Asimismo, intuimos que, por ejemplo, aspirar a tener mucho tiempo vacacional no es necesariamente lo mejor, porque también el trabajo esforzado y servicial es fuente de plenitud humana y espiritual. O, finalmente, nos damos cuenta de que nuestra aspiración hacia la paz interior y relacional implica también el deber de anhelar una vida de oración que muchas veces no nos apetece cultivar.

La palabra “esperanza” goza de buena acogida en nuestra cultura contemporánea: parece no tener connotaciones negativas y no poder orientarse a cosas malas. Por otro lado, constatamos que nuestros apetitos y anhelos no siempre son aliados de nuestras esperanzas. O también constatamos que a veces intentamos adaptar nuestras esperanzas a nuestros apetitos y anhelos, para no tener que rectificar estos últimos. En fin, hacemos en nuestro interior la misma experiencia que hizo San Pablo: “No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero” (Rm 7, 19).

“Allí donde esté tu tesoro, estará también tu corazón” (Mt 6, 21). Es frecuente escuchar a personas que se presentan a sí mismas hablando de sus anhelos y cuando alguien quiere conocernos muy pronto surge la pregunta sobre lo que anhelamos en la vida. Hay en esto un reflejo de la importancia que el Señor da a nuestros anhelos. Lo que anhelamos nos caracteriza como personas.

Respecto a todo ello vale la pena volver a leer lo que nos dice el Concilio Ecuménico Vaticano II en la Constitución Apostólica *Gaudium et Spes* n° 10, al introducir la enseñanza sobre la virtud teologal de la esperanza: “Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por muchas sollicitaciones, tiene

que elegir y que renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división, que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad.

Son muchísimos los que, infectados en su vida por el materialismo práctico, no quieren saber nada de la clara percepción de este dramático estado, o bien, oprimidos por la miseria, no tienen tiempo para ponerse a considerarlo. Otros esperan del solo esfuerzo humano la verdadera y plena liberación de la humanidad y abrigan el convencimiento de que el futuro del hombre sobre la tierra saciará plenamente todos sus deseos. Y no faltan, por otra parte, quienes, desesperando de poder dar a la vida un sentido exacto, alaban la insolencia de quienes piensan que la existencia carece de toda significación propia y se esfuerzan por darle un sentido puramente subjetivo.

Sin embargo, ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?

Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse.

Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre. Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre (...).”

Para la vida: Escribe en una hoja los 10 anhelos más profundos de tu corazón y llévalo a la oración para que el Señor ilumine tu vida con su luz.

Para la oración: Reza sin prisas el Salmo 137 o el 62 o el 42, con el deseo de que el Señor llene tu corazón de la virtud teologal de la esperanza.



Reflexión Espiritual

Santa María, la criatura “por excelencia” (I)

P. Alois Höllwert, msp (austriaco)

Contemplando a Santa María intentamos profundizar la importancia que tiene, para nuestra vida espiritual, la actitud religiosa fundamental de la adoración. Nadie mejor que ella puede enseñarnos a adorar a Dios en nuestras vidas y a vivir en plenitud el mandamiento: *“Al Señor tu Dios adorarás, sólo a Él darás culto”* (Mt 4, 10).

Entre los Misioneros Siervos de los Pobres (MSP) honramos a Santa María con el título de “Madre de los Pobres”, que obviamente hace referencia a los pobres a quienes queremos servir y a los que podemos reconocer como nuestros hermanos porque tenemos una Madre en común. Pero Santa María es aún más la Madre de los pobres porque Ella ha vivido como nunca nadie su relación con Dios en actitud de adoración. Esa es la pobreza más radical que se pueda vivir: reconocer, por medio de la adoración, nuestra dependencia radical de Dios. Por eso mismo, se puede ver fácilmente que toda persona que vive con una auténtica actitud religiosa, consciente de que todo lo que tiene lo ha recibido gratuitamente de Dios, se encuentra espiritualmente más cerca de los pobres, pues reconoce que también ellos son criaturas de Dios y que también a ellos, como a todos los demás, el Creador ha destinado los bienes de la Creación.

Si conocemos un poco la realidad eclesial actual, podemos fácilmente constatar que vivimos en un tiempo muy mariano. ¿Por qué, precisamente hoy, se da a María esta importancia?

“Hoy precisamente parece haber llegado el tiempo de María, porque el hombre, que ha perdido la seguridad en sí mismo, necesita una figura humana en la que pueda percibir con exactitud el eco de su fe en Jesucristo”, afirma un teólogo contemporáneo.

Por otro lado, hay que decir que la devoción mariana comenzó desde los inicios mismos del cristianismo. Ya el pasaje evangélico de la Visitación (Lc 1, 39-45) respira esta profunda admiración hacia María. Santa Isabel exclama: *“¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme?”* (Lc 1, 43).

Y María misma proclama en el Magnificat: *“Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada”* (Lc 1, 48). A lo largo de los siglos nunca han faltado muestras de la profunda devoción mariana del pueblo de Dios. Desde los Santos Padres hasta hoy se ha ido profundizando la doctrina acerca de María, la Virgen Madre de Dios (la “Theotokos”, en el Concilio Ecuménico de Éfeso, año 431) y Madre de la Iglesia (proclamada por San Pablo VI durante el Concilio Ecuménico Vaticano II). Basta con repasar las solemnidades y fiestas marianas del año litúrgico y constatar el lugar especial que María tiene en él, lugar claramente relacionado a Jesucristo y

subordinado a él, pero a su lado y muy por encima de cualquier otro santo.

Todo eso nos dice que María pertenece al tesoro de nuestra fe y que la Iglesia nos invita a darle un lugar especial en nuestra vida cristiana, empezando por meditar sobre su persona y su vida. Una forma excelente y muy difundida de hacerlo es la consagración a María, realizada de manera solemne la primera vez y luego repetida (diariamente o en fiestas significativas) según la devoción personal. Solo hay que tener cuidado de no olvidarse del fin de la consagración a Santa María: la conversión y conformación a Jesucristo. Parafraseando a San Pablo (*“Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe”*, 1Cor 15, 14), se podría decir que, si olvidamos la necesidad de convertirnos y conformarnos a Jesucristo, vana es nuestra consagración a Santa María.

Dice un autor actual, hablando de la doctrina sobre la verdadera devoción a Santa María: “San Luis María Grignon de Montfort no emplea nunca el término de «conversión» a María, sino que usa el término de «consagración»: se trata de un término más general, un término que no quita nada a la conversión a Jesús —que es capital—, pero que muestra al mismo tiempo que existe como una confirmación, una consagración de nuestra conversión a Jesús, cuando estamos unidos a María” (P. Thomas Philippe, *Fidelidad al Espíritu Santo*).

En todas las comunidades MSP, cada primer sábado de mes solemos reafirmar nuestra consagración al Inmaculado Corazón de María, y cada día, frente al Santísimo Sacramento solemnemente expuesto, rezamos la oración a Santa María del Padre Leonceo de Grandmaison (1868-1927), la misma que al mismo tiempo nos sirve de examen de conciencia porque nos hace ver cuán poco estamos todavía consagrados a María, cuán poco le pertenecemos todavía en realidad. Justamente nos hace ver cuál es el centro de todo acto de consagración: una continua conversión, hecha de actos muy concretos:

“Santa María, Madre de Dios, consérvame un corazón de niño, puro y cristalino como una fuente. Dame un corazón sencillo que no saboree las tristezas, un corazón grande para entregarse, tierno en la compasión; un corazón fiel y generoso que no olvide ningún bien ni guarde rencor por ningún mal. Fórmame un corazón manso y humilde, amante sin pedir retorno, gozoso al desaparecer en otro corazón ante tu divino Hijo; un corazón grande e indomable que con ninguna ingratitud se cierre, que con ninguna indiferencia se canse; un corazón atormentado por la Gloria de Jesucristo, herido de su amor con herida que solo se cure en el Cielo” (Padre L. de Grandmaison).

Reflexión Vocacional

ELOGIO DEL SILENCIO (VI): El silencio ante Dios-1



P. Álvaro de María, msp (español)

En esta serie de artículos dedicados al silencio, el primero intentó introducirnos a comprender la importancia de adquirirlo como actitud y práctica; el segundo quiso recordarnos que éste no solo es exterior, sino también interior y que debemos tener en cuenta que tanto el uno como el otro pueden ser buenos o malos; el tercero se propuso hacernos comprender, a través de una sencilla parábola, el misterio del silencio DE Dios; mientras que el cuarto y el quinto pretendían que aprendiéramos de los concretos silencios de Jesús; y ahora, como su continuación, complemento y puesta en práctica, abordamos la importancia del silencio ANTE Dios.

En primer lugar, lógicamente, este silencio “ante” Dios no se refiere a la actitud inmadura de un infantil enfado, que pretende pagar así, con la misma moneda, al Dios que no me habla.

En segundo lugar, no es tampoco que el hablar a Dios sea ilegítimo. Así como la comunicación entre las personas puede tomar distintas formas y expresiones según las particulares circunstancias, así sucede en nuestra comunicación con Dios a través de la oración. La mayoría de las veces adquirirá una expresión verbal: unas veces, de petición (porque a Dios, como Papito bueno, le agrada que tengamos la confianza de manifestarle lo que necesitamos, siempre que ello sea fruto de una recta intención y buena voluntad); otras veces, de queja (ya que por cierto en la Escritura encontramos muchos ejemplos de lamentos dirigidos a Dios: Jeremías, muchos de los salmos...; pero, por favor, no convirtamos esta actitud en una costumbre, porque “destapar un poco el frasco” de vez en cuando puede hacer bien, pero el ser quejicas crónicos no nos hace bien, en ninguno de los sentidos, pudiendo llegar a ser hasta patológico, y es signo de falta de confianza en Dios); otras veces más, de contarle a Dios sencilla y llanamente “nuestras cosas” (pues, el saber que Dios nos conoce mejor que nosotros mismos no ha de impedirnos tener ante Dios la actitud del niño que, con sencillez e inocencia, cuenta a su mamá cómo le ha ido el día en el colegio, sus juegos, sus peleas...; ¡cómo le agradan a Dios estas “confidencias”!); o, finalmente, de manifestarle a Dios, a través de palabras u otras expresiones sonoras (cantos, música...), el homenaje de nuestra alabanza.

Pero también es cierto que, ante Dios, nos encontramos frente al misterio. Manifestado en múltiples expresiones (la Trinidad, la Encarnación, la Pasión y la Muerte en la Cruz, la Eucaristía, la Misericordia, la Providencia...) supera tanto nuestra mente, nuestra limitada capacidad cerebral, que todo argumento racional expresado en pensamientos o palabras resulta siempre insuficiente. Es que la fe supera nuestros esquemas mentales (no es “razonable”), pero no es irracional. Por ejemplo, con nuestros matemáticos criterios de “dos más dos igual a cuatro” no podemos acercarnos a misterio del Dios Uno y Trino (3=1!), pero dando el salto al conocimiento (superior) por la fe, sabemos que no es un absurdo. Y así con cada uno de los misterios de Dios. La única opción ante ellos es el **silencio contemplativo**. Recuerdo que, cuando era

estudiante de teología, nos explicaban la diferencia entre un secreto y el misterio. Un secreto puede que no lo lleguemos a conocer, pero permanece ajeno a nosotros. El misterio de Dios es algo que no podemos abarcar con nuestro conocimiento, pero (al contrario que el secreto) no es algo que nos resulte ajeno o extraño, sino algo (Alguien) que nos envuelve y nos hace partícipes de su realidad. El silencio al que me refiero, entonces, es la actitud necesaria para dejarnos penetrar, invadir, por él; no podemos llegar a desentrañarlo del todo racionalmente, pero sí podemos intuir y experimentar los efectos de su existencia.

Este silencio ante Dios puede ir definiéndose en diversas formas. La primera de ellas podemos llamarla un **silencio de amor**. Dos enamorados pueden pasarse juntos horas y horas, sin decirse nada, y en cambio sentirse plenos por el simple hecho de estar acompañados de la persona amada. Es lo de la famosa definición de la oración que dio Santa Teresa de Jesús: un trato de amistad estando a solas con quien sabemos que nos ama (cfr. Vida 8, 5). Y el amor, cuando va madurando, se va haciendo cada vez más silencioso.

Recuerdo una anécdota que me contaba una muy querida bienhechora (q.e.p.d.): ya anciana y viuda, me decía que -curiosamente- lo que más recordaba de los muchos años de su matrimonio eran las frías y largas tardes de invierno en que, sentados al calor del fuego, ella y su esposo se las pasaban, quizás sin decir una sola palabra, él leyendo el periódico y ella tricotando a mano; y, de vez en cuando, ella levantaba la mirada hacia él, diciendo: “¿Sigues ahí?”, “¡Aquí sigo!”, respondía él; ...y cada uno continuaba con lo suyo. Esta señora me decía: “¡Era una sensación de tal plenitud!”. Se habían dicho ya todo, se podían comunicar con un simple gesto, con su sola presencia, en silencio. La madurez de su amor se había hecho silencio y este silencio era la plenitud de su unión.

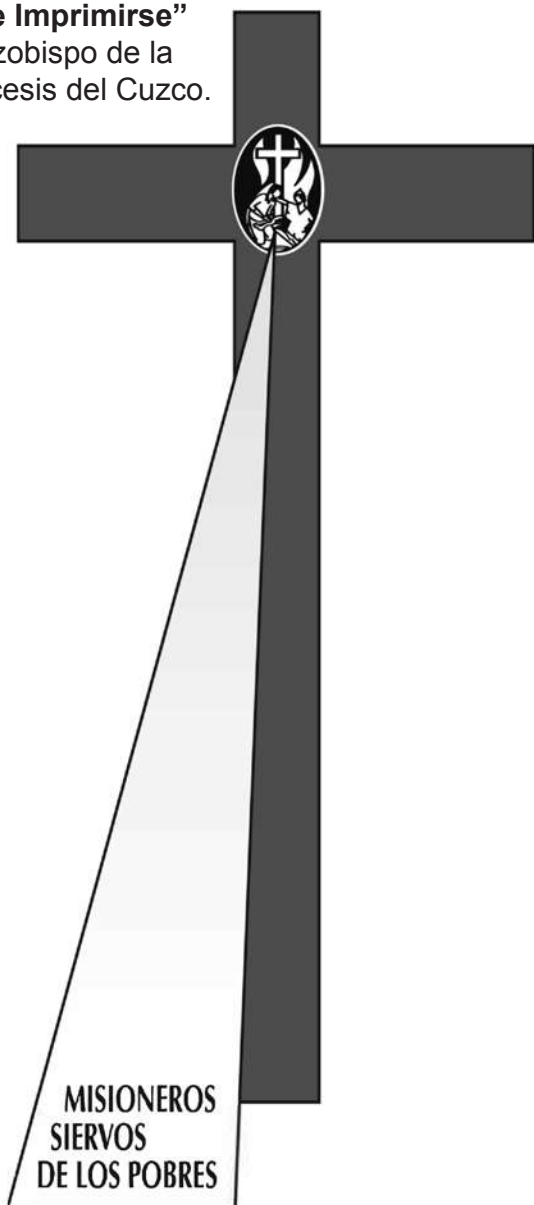
O esa otra anécdota -que seguramente todos ustedes conocen hasta la saciedad- del humilde campesino que dio una lección de oración al Santo Cura de Ars, cuando éste, conmovido por la perseverancia de este hombrecillo en pasarse largos ratos ante el sagrario, sin verle musitar nada con sus labios, no resistiendo a una “santa” curiosidad, le preguntó qué le decía al Señor. La respuesta del sencillito hombre de campo resultó ser todo un tratado concentrado sobre la cumbre de la oración: “No le digo nada; yo le miro y Él me mira”. ¡Basta; está dicho todo ...sin palabras; tan solo una mirada silenciosa y prolongada!

Se va acabando la página y aún me queda mucho por decir respecto del silencio “ante” Dios. Lo dejo para una segunda parte y termino con otra sencilla idea, esta vez de mi querida hermanita Santa Teresa de Lisieux, que también nos dice que, para nuestro encuentro con Dios, no son indispensables las palabras: “Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el Cielo...” (Manuscrito autobiográfico C, 25r). ¡Amén; ...así sea!

Opus Christi Salvatoris Mundi

Misioneros Siervos de los Pobres

Con autorización
Eclesiástica
"Puede Imprimirse"
del Arzobispo de la
Arquidiócesis del Cuzco.



OPUS CHRISTI SALVATORIS MUNDI

Es decir, diferentes realidades misioneras (Sacerdotes y hermanos consagrados, religiosas, matrimonios misioneros, Sacerdotes y hermanos especialmente dedicados a la vida de oración y a la contemplación, socios, oblatos, colaboradores, Grupos de apoyo) quienes comparten el mismo carisma y se remontan al mismo fundador.

MISIONEROS SIERVOS DE LOS POBRES

Formado por aquellos miembros del Opus Christi, llamados a seguir un camino de consagración más profunda con las características de la vida comunitaria y la profesión de los consejos evangélicos según su condición. (Se tiende a ser reconocidos canónicamente como dos Institutos Religiosos: Uno para la Rama Masculina de los Padres y Hnos. y otro para la Rama femenina de las Hermanas.)

LAICOS ASOCIADOS

Con las dos ramas principales (masculina y femenina) del "Opus Christi", está especialmente relacionada la Fraternidad de los Matrimonios Misioneros Siervos de los Pobres, formada por parejas de cónyuges que se comprometen a través de otros vínculos (conformemente a su estado a vivir el carisma y apostolado de los MSP)

GRUPOS DE APOYO DEL MOVIMIENTO

Encaminados a la profundización y difusión de nuestro carisma, trabajando para la conversión de todos y cada uno de los miembros gracias a la organización de encuentros periódicos. A los miembros se les considera SOCIOS.

OBLATOS

Laicos o religiosos que quieren hacer un compromiso de oración y de divulgación del Instituto de los MSP, con un ritual de compromiso.

LOS OFERENTES

Personas que colaboran con sus oraciones, sus dolores, pero sin compromiso vinculante con el Instituto de los MSP.

Los interesados escribir:

ESPAÑA:

CASA DE FORMACIÓN "SANTA MARÍA"

Carretera a Mazarambroz, s/n
45110 Ajofrín - TOLEDO (ESPAÑA)

Tel.: (00-34) 925 39 00 66

e.mail: casaformacionajofrin@gmail.com

PERÚ

Misioneros Siervos de los Pobres

P.O.BOX 907

Cuzco (PERU)

Tels. 0051 956 949 389 - 0051 984 032 491

e.mail: msptm.cuzco@gmail.com



www.msptm.com



Misioneros Siervos de los Pobres / Missionary Servants of the Poor



[misionerossiervosdelospobres](https://www.instagram.com/misionerossiervosdelospobres)



[@MisionerosSiervosdelosPobres](https://twitter.com/MisionerosSiervosdelosPobres)



[Misioneros Siervos de los Pobres](https://www.youtube.com/channel/UC...)



Ahora puedes recibir este Boletín en formato PDF.

Puedes solicitarlo enviando un e-mail a missionaricuzco@gmail.com